



APERTURA DEL AÑO JUBILAR DE S. VICENTE FERRER

S. Vicente del Raspeig, 9 de abril de 2018

Mis primeras palabras quiero que sean para dejar constancia de la alegría que siento por poder compartir con vosotros esta celebración tan singular. Se trata del día en el que abrimos el Año Santo de S. Vicente Ferrer, en nuestra Diócesis de Orihuela-Alicante, en unión con las demás diócesis hermanas de la Comunidad Valenciana. Año Jubilar que es un tiempo de gracia, un tiempo en el que la Iglesia concede gracias espirituales, concretamente la indulgencia plenaria, cumpliendo las disposiciones establecidas.

El motivo es que el 5 de Abril de 2019 celebraremos los seiscientos años de la muerte de S. Vicente. Es pues un año en el que disponiéndonos a conmemorar su final en la tierra, su tránsito a la Casa del Padre, deseamos acercar la gracia jubilar a todos los diocesanos, dando a conocer su vida y mensaje y, especialmente, proponiéndolo como evangelizador, en tiempos muy necesitados de un nuevo despertar evangelizador en todos nosotros, y como hombre totalmente de Dios, hacia el que siempre indica y orienta en sus imágenes, y totalmente comprometido con las necesidades de su época, invitándonos a una real implicación como cristianos en la sociedad y la cultura para impregnarlas de la luminosa fuerza transformadora del Evangelio.

Abrimos, pues, este Año Jubilar para toda la Diócesis; y lo hacemos desde esta querida parroquia que lleva el nombre de nuestro “Pare Vicent” como cariñosamente lo llamáis aquí; desde esta población que recibe el nombre de nuestro Santo, y en sus fiestas mayores, y en el día más grande.

El mismo escudo de esta gran población tiene como lema palabras atribuidas a S. Vicente en su visita al pueblo de Raspeig, a la ermita dedicada entonces a S. Ponce. Sus habitantes, vuestros antepasados, sufridores de la habitual sequía de nuestras tierra, acogieron y guardaron –desde aquel lejano año de 1410- unas palabras hechas de consuelo y cariño que os acompañan: “Sequet pero sanet”. El “Pare Vicent”, desde entonces os ha acompañado.

Me voy a atrever, sobre una figura tan vinculada y entrañable para todos vosotros, a fijarme en la respuesta a tres preguntas sobre él: ¿Quién fue? ¿Cuál fue su perfil moral y espiritual? ¿Qué es lo más aplicable de su mensaje a nuestros tiempos?

S. Vicente fue un hombre de Dios, valenciano y dominico, que anunció sin descanso el Evangelio, como nos pidió el Señor y nos recuerda el Evangelio de hoy, y lo hizo aquí,

en nuestra tierra –dejando una gran huella-, y en buena parte de Europa. Su vida puede contemplarse en tres etapas. **Primera**, de su nacimiento a su ordenación. Unos 30 años. Nace en Valencia en (1350) con aureola de hechos maravillosos que siempre le acompañarán. Estudiante y profesor brillante de filosofía. Aprende Teología, Escritura y hebreo. **Segunda**, de su priorato en Valencia a dejar la corte papal de Aviñón (1380-1399). Diecinueve años. Alterna la predicación con ser profesor en la Seo de Valencia y, sobre todo asesor del Cardenal Luna –Benedicto XIII-, y de reyes-príncipes e instituciones. **Tercera**, de la salida de Aviñón a su muerte en Vanes (1399 a 1419), unos veinte años. Etapa marcada como predicador y taumaturgo. Interviene en Caspe (1412) y en el final del Cisma (1417). Pero sobre todo predica, con esa ansia que decía S. Pablo en 2ª lectura, siembra la Palabra de Dios –es maestro de espiritualidad- y camina por pueblos y ciudades de Europa. En esta etapa, concretamente en 1410, visita Alicante, Elche, Orihuela, y estas tierras del Raspeig. El eco de su visita y sus palabras perdura aquí, desde el siglo XV.

¿Qué destacaría de su perfil moral y espiritual? Comúnmente se resalta su prudencia: con discreción, sabiduría, sentido común en equilibrio perfecto, por ello se lo disputaban los más altos gobernantes y los gobernados, para que su palabra les guiara en la senda del bien. Caritativo, prudente, y siempre paciente con todos, es guía seguro ante dificultades y temas delicados. Al leer a biógrafos suyos me suenan rasgos de Santo Domingo, concretamente la inalterabilidad de su carácter, y así es su consejo en su “Tratado de vida espiritual”: “Pon todo tu interés en ser dueño de ti mismo mediante la paz y la tranquilidad del corazón... Ningún suceso te aflija, a no ser el pecado propio o ajeno... No te entristezcas... no te indignes...” (Tratado, capítulo III).

Su estilo; él aconseja: “en sermones y exhortaciones usa siempre un lenguaje sencillo y familiar”; “...que tus palabras aparezcan siempre llenas de caridad y de amor paternal” (Tratado, capítulo XIII).

Es precisamente por esa caridad profunda que le mueve, por lo que se ha destacado que a pesar de tener que denunciar en diversas circunstancias, y con gran valor y determinación, los vicios de la sociedad y los desastres existentes en momentos muy complicados dentro y fuera de la Iglesia, y que siente vivamente, no es un hombre angustiado y negativo, sino que se le ha calificado como “Santo de la esperanza y rebotante de alegría” (P. Vicente Forcada O.P. “S. Vicente Ferrer” p.139). Así se ve en una oración suya a Dios, en la que le pide reconocer los beneficios que de Él ha recibido, suplicándole: “Dadme la gracia de que siempre os bendiga, os alabe y glorifique con sumo júbilo y alegría de mi alma” (Tratado, capítulo XIX).

La alegría vicentina, como destaca el P. Forcada, cuyo análisis biográfico sigo, es, en imitación de Santo Domingo, profundamente cristocéntrica, profundamente centrada en Cristo, en el abandono en sus brazos, en Él, que ha “muerto y está pendiente de la cruz por ti”, como señala (Tratado capítulo XVIII). Así corresponde ante el Señor por parte del apóstol de Cristo la oblación, la donación personal, que por ello: “Debe ofrecerse, a imitación de Jesucristo, así mismo por el prójimo”; dando la vida (Tratado capítulo XIX).

La obra y el mensaje de toda la predicación, escritos y actuaciones de S. Vicente, tiene, a mi parecer, una enorme actualidad. En mi Carta Pastoral referida a este Año Jubilar he tratado de destacarlo. Así he señalado, subrayado, tres palabras que apuntan a tres necesidades: evangelización, conversión, comunión. Urge enormemente un nuevo despertar de nuestra Iglesia, que desde una fe profundamente fortalecida por el constante encuentro con el Señor y la unión con Él, en nuestras personas y comunidades, nos volvamos más testigos, alegres y decididos, de esa fe, como sacerdotes, como padres, como catequistas y educadores, como responsables todos de llevar a Dios a nuestra sociedad y cultura. Urgencia de una evangelización que, como especialmente hacía S. Vicente, apunte a la conversión, al cambio de las personas y los comportamientos sociales, precisamente por no quedarse en lo superficial, sino tocando el corazón y volviéndolo hacia Dios, esperanza única en su Misericordia, tal y como recordaba Papa Francisco ayer en su homilía.

Y la actualidad de la comunión, desde el ejemplo de S. Vicente, como decidido hombre de paz, creador de unidad en situaciones de cisma y ruptura en la Iglesia, en la sociedad, en su mundo. En nuestros tiempos de marcado individualismo a tantos niveles –familiar y social- y de un dominante subjetivismo que todo lo relativiza, rehacer comuniones y recomponer relaciones es de gran necesidad, así como es de iluminadora referencia la figura de S. Vicente a este respecto.

Que el Año Jubilar que iniciamos sea verdaderamente un tiempo de gracia, que nos despierte a evangelizar, nos haga estar en camino de conversión volviendo al Señor en todos los aspectos de nuestra vida, y nos potencie como constructores de paz y de comunión, en la Iglesia, en la sociedad, las familias, las personas.

Que este templo jubilar de S. Vicente del Raspeig, y los otros nueve de nuestra querida diócesis, sean lugares donde encontrar la misericordia que no se cansa de perdonar de parte de Dios en el sacramento de la Penitencia –como recordaba ayer mismo Papa Francisco-, y sean ayuda al camino y vocación a la santidad –como hoy nos pide en su Exhortación Apostólica, “Gaudete et Exultate”-, siendo así lugares de conversión, de encuentro con Dios; y lugares que potencien la fraternidad y la convivencia, haciendo renacer la esperanza y la ilusión por unas comunidades eclesiales renovadas y unas comunidades humanas más justas e integradas.

S. Vicente Ferrer interceda por nosotros, sea el gran intercesor ante Dios, en este tiempo jubilar que en el Nombre del Señor inauguramos. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.

Obispo de Orihuela-Alicante.